

ramos visto cruzar la sombra de aquel terrible Juan Ruiz de Escalante, caudillo de los Giles, que sucumbió á manos de ingleses en la isla de Wight, y á quien trajeron los de su nao á enterrar en San Francisco, guardando sus *barbas* en un *pañizuelo*. De tal modo la historia doméstica de la familia de Amós estaba mezclada con la historia de la ciudad de que él fué ornamento y gloria.

En las noches tormentosas del mes en que salió de esta vida, los roncós alaridos del mar, encrespado y furioso como nunca, nos parecían formidables endechas con que plañía á su cantor excelso; pero en su alma purificada por el dolor, limpia por la contrición, en paz con Dios y con los hombres, debieron de sonar como clarines triunfales que festejaban su arribo á las playas de la eternidad. ¡Dichoso quien así había vivido! ¡Dichoso quien moría así!

¡Dichoso tú que en la ganada cumbre,
Al derribar del hombro fatigado
La vida y su gloriosa pesadumbre,
Podrás decir: «A tu mandato llego:
Esto, Señor, me diste; esto he logrado:
Tuyos lucro y caudal, te los entrego!»

ESPLENDOR Y DECADENCIA

DE LA

CULTURA CIENTÍFICA

ESPAÑOLA



POR error tipográfico, debido á mi ausencia, se anunció en el número anterior de esta Revista (1) que yo me proponía hacer en sus columnas la crítica de todas las publicaciones que fueran apareciendo. Nunca ha sido mi intención otra que la de hablar meramente de los trabajos de erudición española, y de los que sobre asuntos de literatura ó historia de España salgan á luz en el extranjero. Este campo es más vasto de lo que parece, y puede agotar por sí solo las fuerzas de cualquier trabajador, sin necesidad de hacer híbrida mezcla de lo antiguo y lo moderno. Cada cual debe seguir su propia vocación, si quiere hacer algo de provecho; y á mí todas mis aficiones y estudios y hasta el oficio que desempeño me alejan de la literatura militante, no porque caiga yo en la ridícula pedantería de desdeñarla, ni porque como lector deje de intere-

(1) *La España Moderna*, donde por primera vez apareció este artículo.

sarme en ella, ni menos por recelo de suscitar enemistades ó malquerencias, pues soy de los que opinan que todo puede decirse culta y cortésmente y sin ofender á nadie; sino porque, conociendo, amando y sintiendo yo (aun dentro de mi pequeñez) mucho mejor la historia que la vida actual, paréceme que debo seguir esta natural tendencia de mi espíritu y perseverar en la dirección que desde el principio tomé, abandonando esas otras vías más amenas y floridas á los críticos, no muchos, pero sí brillantes é ingeniosos algunos, que España posee actualmente. Así resultará mejor dividido el trabajo y podrá ser más útil. Así lo practican y han practicado siempre críticos ilustres de todos tiempos y naciones, sin excluir á los mismos franceses, contemporáneos nuestros, á quienes tan ciegamente se sigue y adora en España. ¿Quién vió nunca estudio de Taine ó de Renán sobre la última novela de M. Daudet ó la última comedia de M. Sardou? Hablar hoy de un sermón, y mañana de una zarzuela, y al otro día de un libro de filología oriental, no puede ser á la postre más que una disipación de espíritu á la cual no hay temperamento bastante robusto que resista. De la realidad actual debe el erudito tomar aquella parte necesaria para vivir en ella y no resultar quimérico ó trasnochado; pero si se

deja envolver por el torbellino de tanta pasión efímera que hoy alza ídolos y mañana los abate, perderá todas las ventajas que le daba el sereno estudio de lo pasado, sin adelantar por eso mucho en la inteligencia de lo presente. La vida humana es demasiado corta para abarcar ni aun una pequeñísima porción de ciencia, y hartó hace el que trabaja sin descanso en aquello para que se considera menos inepto.

Por otro lado, la literatura amena, poesía lírica, y, sobre todo, novela y teatro, tiene hoy en España, como en todas partes, público más ó menos numeroso, más ó menos educado, que la lea, la estime y hasta la compre; y tiene inteligentes juzgadores que, al día siguiente de la aparición del libro ó del estreno de la obra dramática, aquilatan en papeles periódicos de mucha circulación sus peculiares bellezas ó defectos, pongan de manifiesto las cualidades buenas ó malas de su autor, é informen al público de los resortes de su mecanismo y de su técnica. No diré que sea oro todo lo que reluce ni que la pícara propensión humana de zaherir y denigrar al prójimo no sea muchas veces la salsa de tales críticas para la mayor parte de los lectores vulgares y poco cuidadosos de los altos fines del arte; pero ni todos los críticos son así, ni otros que alguna vez res-

balan en esto dejan de repararlo con prendas y condiciones muy estimables que impiden confundirlos con la clase, harto extendida, de barateros de la república de las letras. Hoy en España la crítica de las obras contemporáneas se ejercita, si no con entera imparcialidad y mesura (muy difíciles de conseguir en tal crítica por la índole misma de su asunto), á lo menos con elevación de pensamiento estético, con mucho caudal de erudición extranjera, y, sobre todo, con ingenio, brillantez y novedad. Para probar que está en buenas manos, y que en ellas debe quedar, sin que nadie, y menos yo, intente la competencia, baste traer á la memoria los nombres de L. Alas, tan rico de felices intuiciones, tan original y agudo en su pensar, tan varía y profundamente versado en la cultura de nuestros tiempos; de Federico Bart, cuyas decisiones, fortalecidas por sólida educación clásica, son la fórmula más alta del sentido común, expresada del modo más pulcro y diáfano; de la señora Pardo Bazán, cuyo vivo y gracioso *dilettantismo* é ingeniosa curiosidad siempre despierta son capaces de amenizar el asunto más árido é interesar al espíritu menos literario; de Ixart, en fin, que es, en cierto sentido, el más *modernista* de todos, espíritu sutil y refinadísimo. Y adviértase que menciono tan sólo estos

cuatro nombres, no porque deje de haber en España y en América otros varios críticos dignos de todo aplauso y estimación, sino por ser los más conocidos del público, y los que de un modo menos intermitente, y aun podríamos decir «á diario», llevan el alta y baja de nuestra producción contemporánea. Y he de añadir que omito con todo designio á los que en el momento actual no ejercen este género de crítica, entre los cuales hay uno que es para mí y para muchos el primer nombre de la literatura española moderna, y el que todos debemos, en primer término, reconocer y acatar como maestro.

Con él pensé yo en tiempos publicar una *Revista Crítica* que fuese como fiel espejo de nuestro movimiento literario así en lo ameno como en lo erudito. Deslucidos hubieran quedado los rasgos de mi pluma al lado de los de la suya incomparable, pero en cambio el pabellón de su nombre glorioso hubiera protegido esta pesada mercancía de erudición, única parte que yo podía aportar al flete de nuestra nave. Aquella *Revista* no llegó á nacer por dificultades editoriales y sobra de ocupaciones del uno y del otro: hoy me presento solo, con todas las desventajas de tal, y obligado á circunscribir mi labor á aquello en que me reconozco menos incompetente.

Pero, con todo eso, creo prestar algún servicio á los estudiosos, dando somera cuenta, ya de lo mucho que fuera de España se publica sobre nuestras antiguas cosas, y que siempre conviene tener á la vista, ora para agradecerlo, ora para aprovecharlo, ora para rectificarlo; ya de los trabajos, más numerosos de lo que el vulgo sospecha, con que la erudición española, deficiente sin duda en los métodos, contrariada por mil circunstancias adversas, descaminada á veces por el aislamiento y la soledad en que trabaja, procura, y no sin fruto, dar nueva luz al estudio de nuestro pasado. Los que tal hacen, sea cualquiera su mérito, apenas suelen encontrar otra recompensa de sus afanes y dispendios (pues sabido es que estos libros no se venden, y lo que es todavía más doloroso, ni aun regalados se leen) que alguna insulsa gacetilla que dé cuenta del hecho de su publicación, ó alguna nota brutalmente desdeñosa en las columnas de tal ó cual revista extranjera. ¿Qué maravilla que muchos no perseveren, que se rindan al desaliento y la fatiga, ó que en vez de adelantar y enmendarse se endurezcan en sus vicios de pensamiento, exacerbados por virtud de una crítica agria y pedantesca que sustituye la advertencia fecunda con la detracción malévola y apasionada?

Yo de mí sé decir que, siguiendo el consejo y el ejemplo del gran Leibnitz, en todo libro que cae en mis manos busco primeramente lo que puede serme útil y no lo que puedo reprender. Pero el fin de la común enseñanza que hoy me obliga á tomar la pluma de crítico; al ver que otros más hábiles y doctos no lo hacen, también me obligará á reprobear, aunque con toda la caridad y modestia que yo pueda y sepa, lo que encuentre malo ó dañoso, sobre todo cuando venga escudado por el prestigio de un nombre ilustre que pueda acrecentar el daño. Pero nunca recaerá mi censura sino en lo meramente científico, dejando á salvo todo género de intenciones, y sin traspasar para nada, ni siquiera con alusión indiscreta que muchos creen lícita ó indiferente, el campo inviolable de la personalidad ajena. Yo quisiera hablar de los libros sin conocer á sus autores, sin saber nada de su género de vida, sin importarme un ardite de sus ocupaciones extrañas á la pura ciencia. Por amor á lo brillante, anecdótico y pintoresco, se ha ido introduciendo en nuestra crítica una familiaridad de mal gusto que importa ir corrigiendo en beneficio del decoro literario y aun social.

Resuelto á escribir de esta manera, es claro que no he de provocar ni aceptar polémica alguna. Por lo mismo que disto tanto

de tenerme por infalible en nada, no doy tal importancia á mis opiniones que me crea obligado á sostenerlas contra todo el mundo, ni haga el menor esfuerzo para imponérselas á nadie. Mis razones responderán por mí, y si no responden, tanto peor para mí que las escribo. Doy á luz mis pensamientos, no los ajenos; si entre los míos hay algo útil, tome cada cual lo que le aproveche, y rechace lo demás. Estoy dispuesto á rectificar errores materiales, errores de hecho; pero si cada libro de los que voy á analizar me costase, además de un artículo de exposición, dos ó tres de polémica con su autor ó con otro cualquiera que quisiese tomar cartas en el asunto, sería cuento de nunca acabar: con un solo libro habría para un año, y perderían estas crónicas el único interés y la única utilidad que pueden tener, es decir, la de ser un inventario de los trabajos de erudición que vayan saliendo.

Nadie imagine, por eso, que me comprometo á hablar de todos, porque esto raya en lo imposible. Muchos se ocultarán de fijo á mi diligencia, á pesar del auxilio de buenos amigos con que en varias partes de Europa cuento. Pero ¿quién puede conocer ni la existencia siquiera de todos los artículos de revista, tesis doctorales, monografías y programas universitarios que sobre temas más

ó menos enlazados con nuestra historia, literatura y filosofía se publican al cabo del año, en Alemania solamente? Aun de lo publicado en España sabe todo aficionado la dificultad con que se lucha para haberlo á las manos. Sólo una mitad escasa de nuestros trabajos de erudición se imprime en Madrid: los restantes salen á luz en los puntos más diversos de la Península, y muchas veces ni siquiera se ponen á la venta, ni es posible obtenerlos más que por inmediato envío de sus autores. Respecto de Portugal y la América Española (que también pienso incluir en estas reseñas), suben de punto las dificultades.

No quiere esto decir, sin embargo, que la omisión de un libro en esta Revista sea prueba infalible de que no le conozco. Habrá omisiones intencionadas: desde ahora lo anuncio. Lo que es rematadamente malo é inútil no debe ocupar tiempo y papel, cuando por la obscuridad en que ha nacido tampoco puede extraviar el juicio de nadie ni ejercer ningún género de mala influencia. Criticar tales libros es dar á sus autores notoriedad inmerecida, y defraudar á los buenos escritores del espacio que se debe conceder al examen de sus lucubraciones. Todavía la crítica de un poetastro desatinado ó de un mal novelista, puede resultar amena y chisto-

sa, si tiene gracia y entendimiento el que la hace; pero ¿qué género de deleite ni de enseñanza puede tener para nadie, ni qué otro efecto puede producir que el de intolerable hastío, la prolija censura de un libro de ciencia ó de erudición necio y disparatado, en que el autor empieza por ignorar la materia sobre la cual temerariamente discurre? Y no sólo los libros absurdos, sino los que nada nuevo enseñan, los que no arguyen en su autor ningún género de investigación propia ni el conocimiento siquiera de los métodos críticos, los libros que en gran número (y no en España solamente) se compaginan á costa de otros libros, repitiendo en mejor ó peor estilo vulgaridades olvidadas de puro sabidas ó errores mil veces refutados, deben ser excluidos á carga cerrada, fuera de algún rarísimo caso en que, por razones especiales de pública utilidad, sea forzoso sacarlos á la vergüenza. Los que han de leer estas crónicas saben bien á qué atenerse, y no han de extrañar, por ejemplo, que un modesto folleto en que se consigne cualquier dato nuevo é importante sobre nuestra historia civil, religiosa, artística ó literaria, ocupe más nuestra atención que la mayor parte de las indigestas compilaciones que con honda tristeza vemos salir anualmente de nuestros centros de enseñanza con título y pretensiones de historias

generales de España, ó de nuestro derecho ó de nuestra literatura: libros que, á pesar de su bulto, son como si no existiesen, y, por decirlo así, mera apariencia y simulacro de libros. Fuera de casos muy excepcionales, nuestra crítica, respecto de tales engendros, será negativa, pero silenciosa, porque á nada conduce dar malas noticias á quien no se halla en estado de aprovecharlas, y por otra parte hay males cuyo remedio no pende de la voluntad de ningún crítico, porque tienen raíces más hondas que la ignorancia y el mal gusto.

Tampoco me propongo empuñar la palmeta de dómine, ni usurpar sus funciones á la benemérita y mal pagada clase de maestros de escuela, dando á nadie lecciones de gramática y otras materias de instrucción primaria. Este género de crítica no me entretiene, y por otro lado florece en España con tal abundancia, que no vale la pena de multiplicar la semilla. Lo que principalmente llamará mi atención será la materia misma de que los libros traten, y sólo en muy secundario término su estilo y lenguaje. De desear sería que todos los eruditos y hombres de ciencia escribiesen bien y reuniesen todas las perfecciones literarias, como sería muy de desear para cualquiera persona reunir todas aquellas habilidades de que se preciaba

uno de los sofistas griegos (creo que era Hipías de Elea), el cual, no solamente sabía todas las artes y ciencias y tocaba todos los instrumentos músicos, sino que además poseía á fondo todos los oficios é industrias liberales y mecánicas necesarias para la vida humana, de suerte que él mismo se calzaba, vestía y preparaba su comida con toda pulcritud y aliño. Pero no todos podemos ser como Hipías, y lo cierto es que hay y ha habido siempre grandes hombres de ciencia y grandes eruditos que han escrito pésimamente, y que no pueden ser presentados como modelos de sintaxis á la tierna juventud que dirige sus pasos al templo de Minerva. Pero ¿no sería necedad insigne juzgar y condenar con este criterio ramplón un libro que puede estar lleno de investigaciones y descubrimientos, los cuales su autor, preocupado de las cosas y no de las palabras, ha expuesto lisa y llanamente en los términos en que ha podido? ¿Deja el P. Flórez de ser el príncipe de la crítica histórica en España por haber escrito con tanta pesadez y desaliño como escribió? ¿Pierden mucho las *Disertaciones* de Muratori por no estar escritas en lengua digna de Maquiavelo, ni la *Historia literaria* de los benedictinos franceses porque su estilo no sea comparable con el de Voltaire? Tratemos con formalidad las cosas graves, y

quédense en su propia y natural esfera la gramática y la retórica, cosas excelentes en sí y muy respetables, pero que distan mucho de ser ni las únicas ni las principales en el mundo.

Y ahora, sin más preámbulos, entremos en materia.

La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, institución poco conocida de la mayor parte de los españoles, á pesar de los muy positivos servicios que ha prestado á la cultura nacional, ya en las Memorias que ha dado á luz, ya en la *Revista* que con alguna intermitencia publica, celebró sesión en los primeros días del presente año para dar posesión de su plaza de número al antiguo y benemérito catedrático de Matemáticas en uno de los Institutos de esta corte, D. Acisclo Fernández Vallín y Bustillo, muy conocido por obras elementales de su asignatura, que han sido de las más divulgadas en nuestras aulas, y por servicios científicos de más importancia, especialmente por la parte activa que tomó en el arreglo y publicación de la *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, obra póstuma del malogrado pensador D. José María Rey y Heredia, y uno de los rarísimos ensayos de

filosofía matemática que entre nosotros han aparecido.

El Sr. Vallín, en vez de ceñirse á los habituales límites de un discurso académico, ha preferido, con gran ventaja de sus lectores y de la común enseñanza, componer un extenso libro, no menos que de 311 páginas en 4.º grande, cuajado de apéndices y notas en letra menudísima, y consagrado á dilucidar tema tan importante como el de *La Cultura científica española en el siglo XVI*.

Aunque nuestra Academia, como todas sus similares en Europa, dedica principalmente sus tareas al cultivo de la ciencia pura, no por eso ha descuidado la parte histórica, y á su iniciativa se debe, por ejemplo, la monumental publicación de los *Libros del Saber de Astronomía* del Rey D. Alfonso el Sabio. En las recepciones y juntas públicas, para las cuales los temas históricos parecen más adecuados por su índole popular y amena que los puramente técnicos é inaccesibles al profano, no son pocos los Académicos que han procurado ilustrar los fastos de tal ó cual rama de la ciencia nacional. Entre otros recuerdo el discurso del Sr. Márquez sobre los progresos de la astronomía náutica y de la cosmografía en España, el del Sr. Pérez Arcas sobre los zoólogos españoles anteriores á nuestro siglo, y el que con espíritu

harto pesimista, pero con su habitual y enérgica elocuencia, pronunció el Sr. Echegaray sobre las vicisitudes de la ciencia Matemática en nuestra Patria, mitigando en alguna parte el rigor de sus conclusiones el famoso ingeniero D. Lucio del Valle, encargado de contestarle.

El Sr. Vallín no se ha limitado á hacer la historia de una rama particular de aquellas ciencias que pertenecen al instituto de la Academia, sino que en conjunto las abarca todas; y aun por incidencia, especialmente en los copiosos apéndices, reúne noticias sobre otras ramas del saber y aun sobre la amena literatura, aspirando con todo ello á formar un cuadro general del gran siglo en que el espíritu español demostró mayor brío y pujanza.

Por nuestra parte hubiéramos preferido que el trabajo del nuevo Académico abarcase menor número de cosas y las tratase con mayor detenimiento. Una monografía, por ejemplo, sobre el estudio de las Matemáticas puras, ó de sus aplicaciones, ó de las ciencias físicas en el siglo XVI, nos hubiera enseñado más que un discurso tan vasto, que forzosamente tiene que ser en gran parte compilación y resumen de trabajos antecedentes. De ese modo hubiera logrado el Sr. Vallín mayor unidad y armonía en su obra, y muchos datos preciosos que hoy aparecen en

los apéndices hubieran encontrado más natural y oportuna cabida en el cuerpo del discurso, al cual en rigor pertenecen. De aquí que, siendo tan extenso el importante estudio del Sr. Vallín, resulte demasiado rápido y compendioso en muchos puntos. Si sólo para la enumeración y juicio de nuestros autores de Botánica necesitó un volumen el Sr. Colmeiro, y dos los Sres. Maffei y Rua Figueroa para dar cuenta de los metalurgistas y mineralogistas, ¿cómo han de caber holgadamente en 300 páginas, no solamente éstos, sino por añadidura los matemáticos, los astrónomos, cosmógrafos y cartógrafos, los geógrafos y viajeros, los físicos y químicos, y los cultivadores de todas las diversas ramas de la Historia Natural, con más la enumeración de todas las escuelas, academias y otras instituciones de carácter científico que en el siglo xvi existieron? Por grande que sea, y lo es sin duda, la habilidad y el juicio del autor, su trabajo no puede menos de degenerar muchas veces en inventario ó catálogo de autores y de libros, utilísimo sin duda, pero que no nos hace penetrar bastante en la intimidad de nuestros antiguos hombres de ciencia, ni nos familiariza con sus métodos de investigación y enseñanza, tan lejanos de los presentes, y á veces tan difíciles de comprender sin largas explicaciones.

Pero es claro que aquí no se trata de lo que el Sr. Vallín hubiera podido hacer circunscribiéndose á términos menos amplios, sino de lo que realmente ha hecho, con poca honra propia y utilidad de todos, reuniendo en un solo libro de fácil consulta y manejo el cúmulo de noticias sobre nuestro pasado científico dispersas en mil publicaciones heterogéneas de nacionales y extranjeros, sin omitir (á lo que creemos) ninguna de verdadera importancia, adicionándolas con mucho nuevo y no menos curioso que lo conocido, y demostrando en todo el curso de su obra pasmosa diligencia en allegar los materiales, recto juicio para aquilatarlos y clasificarlos, ardiente amor patrio y nobilísimo entusiasmo por los progresos del espíritu humano. Todas estas alabanzas, y otras aún más encarecidas, merece el trabajo del Sr. Vallín, y si aquí no me dilato más en ellas es, ya por la sobriedad de estilo que me propongo guardar en estas crónicas, así para el elogio como para la censura; ya por haberme precedido en juzgar el trabajo del Sr. Vallín persona tan docta y elocuente como el Sr. D. Miguel Merino, que en su magnífico discurso de contestación ha hablado de su nuevo compañero en términos que honran y enaltecen por igual al uno y al otro. Añádase á esto que, siendo la tesis

del discurso del Sr. Vallín la misma que yo en insignificantes publicaciones vengo sosteniendo hace bastantes años, y habiéndose dignado el nuevo y valiente adalid de la ciencia española citar y aprovechar con más encomio del que merecen estos ensayos míos, podría parecer interesada la alabanza que yo le tributase, como nacida de espíritu de secta ó de identidad de opiniones. Por otra parte, el mayor elogio que se puede hacer de este libro es exponer brevemente su plan y contenido, como voy á hacerlo, apuntando de paso algunas observaciones que el texto de sus diversos capítulos me sugiere.

Después del elogio del Académico difunto (1), entra en materia el Sr. Vallín con una especie de panegírico general de la cultura española del siglo xvi y aun de los anteriores y posteriores, enumerando los principales sabios y los principales descubrimientos. Si hemos de ser francos, este exordio (que en último caso más bien debiera ser epílogo) es lo que menos me agrada del discurso, no sólo por el tono exageradamente ditirámico, que puede en ánimos mal prevenidos contra nuestra antigua ciencia (como por desgracia

(1) El General de Ingenieros D. Celestino del Piélago, autor de la *Teoría mecánica de las construcciones*, de la *Introducción al estudio de la arquitectura hidráulica* y de otras obras muy estimadas. Nació en Comillas (provincia de Santander) en 1792.

lo están la mayor parte de nuestros científicos modernos) producir efecto contrario al que el autor se propuso, sino porque tiene el inconveniente de adelantar gran parte de las noticias que luego reaparecen en el fondo de la disertación, quitándoles el atractivo de la novedad, y forzando al autor á muchas repeticiones. La verdadera introducción del discurso hubiera debido ser una breve exposición del desarrollo de la cultura española antes del Renacimiento; materia que el señor Vallín, con no buen acuerdo á mi juicio, ha relegado á una larga nota final.

El primer capítulo versa sobre las Ciencias exactas. España no posee todavía una historia de las Matemáticas, como la tiene (aunque no terminada) Italia, por la curiosa y profunda diligencia de aquel inmoral cuanto eruditísimo bibliófilo y biblio-pirata Guillermo Libri (1). Las historias generales de la ciencia, cuyos autores atienden en primer término á los grandes resultados y á los grandes descubrimientos, y forzosamente prescinden de toda la labor secundaria, son en este punto de una pobreza aterradora. Montucla, cuya obra ha sido clásica por tanto

(1) *Histoire des sciences mathématiques en Italie depuis la Renaissance des Lettres jusqu'à la fin du dix-septième siècle*. Halle, 1865, 4 vols. Escrita originalmente en francés por su autor.

tiempo, escasamente cita en los cuatro volúmenes de la 2.^a edición de 1802, adicionada por Lalande, más nombre de matemáticos españoles que los de Juan de Rojas, Alonso de Córdoba, Gaspar Lax (á quien, por cierto, convierte nada menos que en *Papa*), Silíceo, Pedro Juan Núñez y D. Antonio Hugo de Omerique. Bossut, en el elegante y rápido discurso preliminar de la parte consagrada á las Matemáticas en la *Enciclopedia Metódica*, habla vagamente de los árabes, y hace un notable elogio de Núñez. El compendio de Fernando Hoefer, que anda en manos de todos, cita sólo á San Isidoro, á algunos árabes, á Juan Hispalense y á Núñez. Y, finalmente, en los doce tomos de la *Historia de las ciencias matemáticas y físicas* de Maire, sólo ocho españoles logran cabida: Abén Ezra, Alfonso el Sabio, Arnaldo de Vilanova, Geber, Juan de Sevilla, Núñez, Raimundo Lulio y Miguel Servet. ¿Por qué maravillarnos de que los que sólo estudian la historia de la ciencia en estos libros generalísimos tengan tan pobre idea del desarrollo de las disciplinas matemáticas en España? Si nosotros no nos apresuramos á llenar esa laguna, ¿cómo hemos de esperar que lo intenten aquellos á quienes nada importa? Y todavía hemos de agradecer á los extraños lo poco que han querido decirnos. Los nombres

de los matemáticos españoles que han sobrenadado, y vienen rodando por los libros, lo deben casi siempre á circunstancias fortuitas, porque en general los historiadores no leen las obras de los científicos de segundo orden, y encuentran más cómodo copiarse unos á otros. Nadie sabría de Omerique sin los elogios de Newton; nadie de Jerónimo Muñoz sin los de Tico-brahe, y el nombre de Núñez vive principalmente por ir unido á un instrumento de precisión que, más ó menos modificado, está en uso todavía. ¿Qué más? Hasta libro tan importante como el del *Algorismo* de Juan de Sevilla, que marca en rigor el principio de una nueva era científica en las escuelas cristianas, estaría de todo punto olvidado si no hubiese fijado en él su atención el eminente geómetra Chasles, demostrando contra Libri que el primer libro europeo de Algebra no es el de Leonardo de Pisa, sino el de nuestro converso hispalense, anterior á él en medio siglo.

Quiere todo esto decir que, aun reconocida, como lo está por todo el mundo, la relativa inferioridad de esta rama de la ciencia española respecto de otras, todavía es temerario y prematuro llegar á consecuencias decisivas, puesto que apenas está iniciado formalmente su estudio. Los libros ahí están, y, como luego veremos, han sido catalogados,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO